

lecturas



N.º 1

En este número:
EL ABUELO D'HALMA
cuento nacional, por
AUGUSTO D'HALMA

recuerdos de niño

Juan el gordo

¿Que si me acuerdo de Juan el Gordo? ¡Ay!, su solo nombre me hace doler las pantorrillas todavía...

Era toda una especialidad en el arte de enrollar la servilleta — el pañuelo resultaba demasiado pequeño — que requería el concurso de cuatro personas: tres que tiraban empeñosamente desde las puntas y el cuarto que iba retorciendo el otro extremo lo más apretado posible.

Y en seguida el elegido, generalmente algún diablo rápido y astuto, enarbolando la tremenda fusta salía desde la capilla, con acelerado paso de polka, anunciando a grito herido su excursión: ¡Juan el Gordo sale en busca de su mujer!

Todos los instintos viriles se sublevaban ante la posibilidad de este cambio de sexo amenazador, y la chiquillería escapaba desgranándose por el patio. ¡Pobre de aquél a quien alcanzara la fusta de Juan el Gordo! Desde ese mismo momento quedaba divorciado del rebaño y el chicote de todos se ensañaba

en sus piernas en tanto que alcanzaba al refugio de la capilla.

La venganza podía venir en seguida, sin embargo, pues en el acto se anunciaba nueva correría: ¡Juan el Gordo y su mujer salen en busca de su primer hijo! Y vamos escapando de nuevo a todo correr, hasta que una roncha amoratada en alguna pantorrilla, fijaba el sino inapelable del novel primogénito.

De nuevo: ¡Juan el Gordo, su mujer y su primer hijo, salen en busca de su segundo hijo!

¡Pero qué gusto, cuando algún tropiezo interrumpía el ritmo

galope! ¡Perdió el paso!, ¡perdió el paso! Y como una trahilla, movida por furiosa saña, todo el chiquillaje se apiñaba alrededor de la fatídica familia y los huacazos restallaban como cohetes y se multiplicaban hasta el infinito...

¡A la capilla!, ¡a la capilla!, patitas, ¿para qué os quiero?



Las bolitas

¡Tan!, ¡tan!, ¡tan!, ¡tan!, sonaba la campana anunciadora del recreo y una ráfaga de locura soplaba sobre todo el colegio. Una turba de chiquillos desaforados, gritando como energúmenos, manoteando en el aire, se precipitaba desde todas las salas, a ver quién llegaba primero y se adueñaba de los tres hoyitos.

El partido se arreglaba en el acto y empezaban al punto disparando desde un hoyito al tercero, a unos 8 o 9 metros de distancia. El dueño de la bolita

que hubiera quedado más próxima, trataba de embocar; conseguido esto, ensayaba la misma maniobra respecto al segundo hoyito y después al tercero. Al mismo tiempo procuraba alejar a los contrarios con formidables hachitas que lanzaban la bola enemiga a distancias incommensurables, 15 o 20 metros.

¡Y era de ver a los campeones! Diablicos que con un solo tiro dejaban la bolita clavada dentro del hoyo respectivo; otros, como aquel Pilo Contreras, un mocozuelo que no levantaba un me-

tro del suelo, y que era capaz de partir una bola de cristal con una hachita. Dios quiera que tengan la misma fuerza los argumentos con que defiende a sus clientes en los estrados de los tribunales este abogado de ahora, grave y sesudo.

Como se ve, es mentira que el golf sea originario de Inglaterra; lo inventaron mis compañeros de colegio, sin palitos especiales, ni anchos calzones, a puro dedo.

¡Aquí!, ¡aquí! ¡Al montoncito: veinte bolitas de premio!

Un puñado de incipientes tahures se agrupaban detrás de la línea marcada por el promotor, a probar suerte y la puntería. El montoncito permanecía enhiesto bajo la lluvia de proyectiles que el empresario recogía afanoso, ayudado por el personal que había contratado previamente, al precio algo usurario de tres bolitas.

El que derribaba el montón, pasaba a ser entonces el empresario, pero, ¿qué angel guardian protegía a aquel demonio del huaso Navarrete, que hacía verdaderas cosechas y cuyo montoncito permanecía siempre incólume, a pesar de la granizada que le caía encima?

Aun debe recordar aquel campañisto macuco el soberano **capote** que recibiera cuando vino a descubrirse que el muy truhán había pegado las bolitas con la cre!

Sólo el Zorro Amenguál podía comparársele en pillerías. Empleaba buena parte del asueto del domingo en hurgar por todos los despachos del barrio en busca de bolitas minúsculas con qué engañar a los compañeros.

—¿Por cuánto co-

rre este caballito? El otro miraba ceji-junto, le oprimía la mano empuñada, le escudriñaba el rostro picaresco, reflexionaba hondamente sobre la psicología enrevesada de aquel Zorro bribón, respondía al fin:

—Por veinte bolitas.

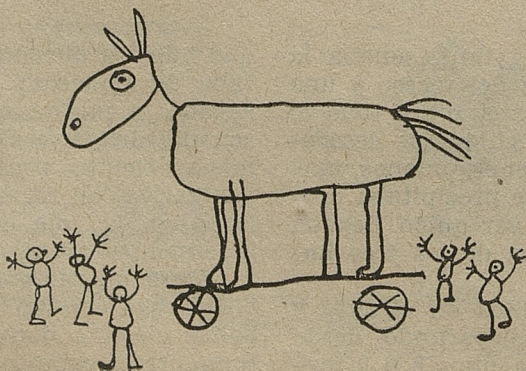
Abierta la mano contenía 100 por lo menos, y no había más recurso que pagar la diferencia y resarcirse con una letanía, que tenía de todo, menos de religiosa.

Y otro tanto ocurría en el pares y nones. Hoy me asalta la duda de si en aquella época ya el Zorro se había leído el análisis sutil que hace Edgard Poe sobre este juego en el popular cuento que usted conoce.



El arte, el verdadero arte consistía en quedar en el primer tiro, desde la distancia, más cerca de la troya. Desde allí, con la bolita propia se iba echando fuera del trazo hecho en el suelo, las que habían puesto previamente en la circunsferencia los demás contendores, las cuales pasaban, naturalmente a incrementar el acervo personal; se percibía, además, la multa respectiva por cada hachita. A veces sumaban cifras fabulosas: hasta 5 o 10 bolitas.

Un flamante alumno de Historia Griega, se vengó una vez de su pérdida, insultando al contrin-cante: "¡Eres un perfecto caballo de Troya!"



GUILLERMO
LABARCA
HUBERTSON.

(Monos de
A. Adduard).